

Por  
ENRIQUE  
MIRET  
MAGDALENA



De izquierda a derecha  
(y de frente),  
Cardijn y  
Journet, dos  
sencillos sacerdotes,  
incomprendidos  
por muchos en su  
labor intelectual  
y apostólica, y hoy  
elevados al  
cardenato, celebran  
la Misa con otros  
jorarcas de la Iglesia:  
ya no habla  
el Papa de sumisión,  
sino de  
fraternidad.

# CARDENALES PARA NUESTRO TIEMPO

**D**E 27 nuevos cardenales, sólo seis son italianos. De esta forma habrá en la Iglesia un total de 103 príncipes espirituales, de los cuales sólo una minoría de 32 será italiana.

El gobierno del Papa, representado por su Senado, ya no es preferentemente de una nación. La Iglesia universal está más representada que nunca en el Colegio Cardenalicio. Incluso forman parte de él cuatro Patriarcas orientales, que ya no serán romanos; porque su Iglesia titular —a diferencia de todos los demás cardenales— no estará en la Ciudad Eterna, sino en su propio patriarcado.

Y otro sueño acariciado por los obispos católicos orientales se convierte en realidad. El catolicismo universal ya no ha de ser gobernado solamente por la Iglesia latina: Oriente tendrá derecho a elegir al nuevo Papa, y a asesorar al Pontífice en el gobierno de la Iglesia.

Una nueva aurora amaneca para nuestra Madre espiritual. El optimismo que comenzó con el reinado de Juan XXIII se hace realidad día tras día, y el «aggiornamento» no es una frase más, sino algo que está en marcha.

**P**ERO quizá mejor que con las cifras, por elocuentes que sean, se ve la adaptación de la Iglesia y la superación de los temores doctrinales del tiempo de San Pío X, al analizar lo que representan las figuras que hoy acceden al cardenato.

Máximos IV, Pablo Mevchi y José Slypij han sido paladines del pensamiento cristiano oriental en el Concilio Vaticano II. Han defendido su teolo-

gía, su espiritualidad, su liturgia y sus costumbres, por encima del avasallamiento latino, que hoy era un hecho triste en la Iglesia universal.

Otros cardenales nuevos han sido también paladines de nuestro tiempo: Duval en Argel, con sus intervenciones a favor de los laicos en el Concilio; Herrera en Málaga, con sus declaraciones sobre libertad religiosa y sobre la obligada convivencia de todos los hombres religiosos en nuestro país, y tantos otros que sería imposible enumerar.

Sin embargo, creo que es necesario fijar la atención de los españoles sobre dos figuras notables, que nadie sospechaba que llegasen a ser cardenales: el profesor Journet y el canónigo Cardijn.

Su elección ha sido, por demás, significativa de esta nueva época que se abre hoy en la Iglesia.

Journet y Cardijn, dos sencillos sacerdotes, incomprendidos por muchos en su labor intelectual y apostólica, reciben el espaldarazo del Jorarca universal de la Iglesia católica.

Examinemos despacio este nuevo síntoma.

**C**REO haber leído —como se sabe que lo ha hecho el Papa Montini— todas las obras del claro y valiente teólogo que es Journet, y que sabe unir lo tradicional y lo actual con espléndida asimilación. Y puedo asegurar a mis lectores que uno de mis autores favoritos (con el cardenal Newman, Rahner y nuestros clásicos españoles) ha sido él. El me ha enseñado —aunque haya sido yo bien pobre discípulo— la indepen-



*si uno es bueno...  
el otro es mejor!*

SOLO GARVEY SUPERA A GARVEY

dencia de juicio, la matización de las expresiones más abiertas, el amor a lo que tiene de divino mi Iglesia, junto con un profundo respeto a los que no pertenecen a ella. Respeto que no proviene de oportunismo alguno, sino de un sincero convencimiento de que todos los hombres de buen juicio y buena fe pueden ser vehículos de grandes verdades y nobles ejemplos. Ningún hombre, salvo el Papa (y esto en bien contadas ocasiones), puede pretender ser infalible al transmitir la verdad religiosa que él vive y conoce.

Pero todos, como dijeron nuestros teólogos clásicos, tienen el derecho natural a difundir la verdad que saben, y nadie puede impedirse, aunque no fuesen católicos.

Journet es un hombre ya mayor, tiene setenta y tres años (aproximadamente, la edad media del Colegio de Cardenales). Es ginebrino. Su padre fue el propietario de una modesta lechería de la villa de Calvino, cuyos módicos ingresos le permitían apenas educar a su hijo. Tras sus clases en el colegio, el actual cardenal solía de niño repartir la leche a domicilio para ayudar a su padre.

Terminados sus estudios entró de empleado contable en un Banco, y pocos años después fue a estudiar al Seminario. Desde 1924 es profesor del Seminario mayor de Friburgo, y en 1926 fundó la revista teológica *Nova et Vetera*. Su primer libro lo publicó hacia 1925, y trata de la unión de las iglesias: con él se ve que, desde el principio de su vida intelectual, alentó el movimiento ecuménico y el espíritu de comprensión hacia los demás cristianos.

Su pensamiento es afín al del discipulo Maritain. En realidad, los dos quieren renovar el tomismo inteligentemente, y lo que el seglar Maritain hizo en filosofía, su amigo el sacerdote Journet lo ha realizado en teología.

Hece años se publicó un libro de homenaje al filósofo francés, que tan enemigo fue de la Acción Francesa —el movimiento político del Incredulo e integrista Maurras—. En él figura, como uno de los primeros trabajos, el de su discípulo Journet. Por eso no es extraño que la prensa suiza haya recalorado insistentemente esta amistad intelectual, y esta comunión de pensamientos.

También, como Maritain, ha sido enemigo de los totalitarismos nazi y fascista. En la última guerra mundial, sus predicaciones dominicales en la parroquia del Sagrado Corazón, de Ginebra, fueron claras y tajantes: un cristiano no puede aceptar el totalitarismo político, venga de donde viniere.

El neutralismo suizo lo justificó únicamente como verdadero precursor de la política de paz de Juan XXIII. Para él, su país representa no sólo «una unión federativa de razas, pueblos, lenguas y culturas...», sino también el punto de cristalización de una política de paz... que sea el hogar de una era donde el derecho podía triunfar de la fuerza, si no siempre, al menos cada vez más».

Vive durante la semana, él solo, en un piso modestísimo de Friburgo; casi una buhardilla. Allí se prepara su comida, y se arregla la cama todos los días. Come frugalmente como un asceta; y siempre se le ve de buen humor.

La sencillez que él vive es la que es propia únicamente de los sabios: muchos días su comida son unas pobres patatas cocidas.

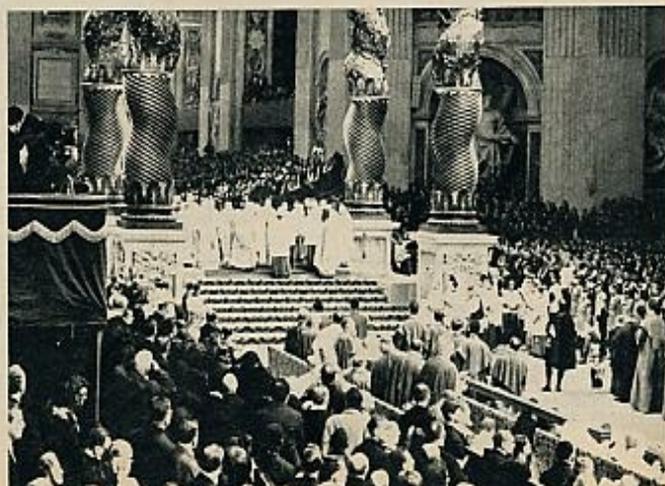
Su vida transcurre entre las clases del Seminario, donde enseña teología; sus artículos y libros, y sus sermones, son dirigidos lo mismo a los niños que a los universitarios.

Todos los sábados va a Ginebra, donde predica el domingo en la Misa de once y media en la parroquia del Sagrado Corazón. Allí acuden ávidos, creyentes e incrédulos, a escucharle; principalmente estudiantes de la Universidad. Durante su sermón toman notas muchos de ellos.

Hoy todo son alabanzas después de recibir la púrpura cardenalicia; pero hace unos años no fue así. Algunos —según me informa un periodista extranjero— quisieron impedir que continuase explicando en el Seminario; sus doctrinas parecían demasiado avanzadas. Otros quisieron aprovechar la muerte del párroco de la iglesia donde predica, para que se jubilara: los estudiantes se opusieron a ello, incluso los mahometanos que vivían en el Centro Católico (especie de Colegio Mayor universitario, dirigido por el dominico padre Kaelin).

Alguna vez pretendió entrar en el Orden de Santo Domingo; pero su débil salud le impidió cumplir su deseo.

La Iglesia universal conoce una nueva aurora: la época de optimismo iniciada por Juan XXIII llega a su plenitud con esta elección de cardenales.



**L**A obra básica que escribió se titula «La Iglesia del Verbo encarnado»; pero su pensamiento se conoce mejor a través de las publicaciones más breves que ha hecho. En estas últimas concentra mejor sus ideas. No desdena publicar libros de divulgación, porque piensa que ser escritor para el gran público, es una de las misiones del teólogo.

Estos días he repasado 17 de sus obras, y numerosos artículos de revista. Yo recomendaría a mis lectores que leyeran entre ellos los folletos de Journet: **La propiedad cristiana y la pobreza cristiana, La Santa Misa, La Iglesia y la Biblia, Pequeño catecismo sobre la Iglesia**, todos ellos en francés; y entre sus libros, dos: «La Teología de la Iglesia» y «El mal», traducidos al castellano.

En ellos verían la valentía de sus enseñanzas, y la profundidad de su inteligente amor a la Iglesia universal. Su estilo, aunque claro, no gustará a algunos, porque tiene el esquematismo de los filósofos escolásticos; pero lo importante son sus ideas y reflexiones profundas.

Voy a señalar algunas de sus enseñanzas.

Para el nuevo cardenal, «la Iglesia es la ciudad del amor divino aceptado»; por eso resulta ser «la comunidad de los que se unen en la fe, la esperanza y el amor plenamente cristianos». Y de ahí deduce Journet una grave conclusión: quienes están bautizados, pero son pecadores, no tienen más que la estructura exterior del amor; pero este amor no vive dentro de ellos y no les salva. En cambio, quienes no están bautizados, pero son justos (porque viven del amor profundo que predicó Cristo), se salvarán. Son cristianos sin saberlo; y la Iglesia está con ellos, aunque no lo sepan. Y esto lo enseña, no en sus grandes tomos teológicos, sino en un pequeño catecismo para el público.

Piensa que la Biblia contiene todo lo esencial para un cristiano, y afirma que ésta es la doctrina tradicional del catolicismo, aunque otra cosa se diga desde hace pocos siglos en los manuales de teología o de apologética. «Hoy conocemos ciertamente la Revelación con más fórmulas y más explícitamente que la Iglesia primitiva; pero eso no quiere decir que se la conozca más intensamente». Por ello, «la Tradición no es una revelación parcial destinada a completar la Sagrada Escritura: es sólo una luz que da a la Escritura, de golpe, su sentido pleno». Con este punto de vista se puede dar por terminada la dura polémica de muchos teólogos católicos contra los protestantes: muchos de éstos aceptarían encantados el punto de vista de Journet. Así creo yo que lo haría el profesor Ocas Cullmann, observador no católico en el Concilio Vaticano II, a juzgar por lo que dice en su estudio teológico sobre La Tradición.

Y no se crea que propugna —como algunos añoran siempre— una Iglesia poderosa y rica. En el tema de la propiedad privada, cree que un Estado, en vista del bien común, podría limitar ampliamente lo que cada uno puede poseer; de tal modo, que si la Iglesia llegase a tener grandes propiedades en esa sociedad «tendría que vender obligatoriamente tal exceso». Por eso cita al cardenal Cayetano que, a principios del siglo XVI, decía: «Que los bienes de la Iglesia no pueden extenderse indefinidamente».

El cree que todo en la Iglesia está en función de la santidad y el amor; y por eso «las grandezas de la jerarquía están al servicio de las grandezas de la santidad». La jerarquía está al servicio del amor, y no puede irrogarse un poder tiránico ni dominador.

«La Iglesia no tiene pecado, pero sí tiene pecadores»; no sólo entre el simple pueblo fiel, sino también entre sus dirigentes. Así se explican muchos defectos en el aspecto humano del catolicismo. Defectos que deberían servir no de escándalo, sino para realizar los aspectos divinos de la comunidad de creyentes que es la Iglesia. Un gran predicador jesuita, el padre Laburu, decía —en tiempo de nuestra República— en una de sus célebres conferencias: «El Papa no es impecable, por eso puede condenarse»; y seguía con una cita del gran Pontífice San León Magno: «La dignidad de San Pedro no desfallece, aunque el sucesor sea indigno». Ese es el gran misterio, y la gran luz, de la Iglesia católica. Por eso no es extraño que el secretario de Estado de Pío VII le dijese a Napoleón: «Cuando los ministros del Señor, con su conducta, no han conseguido arruinar a la Iglesia, está seguro que menos podrá vuestra majestad destruirla con el poder de su influjo».

Cree Journet que puede haber muchas formas de realizar el cristianismo en el mundo: «Cada cristiandad no es sino una pobre realización de la virtud de la Iglesia». Nadie puede pretender la exclusividad del catolicismo, encarnado en una sociedad determinada: «Ni siquiera la cristiandad medieval la ha ex-

En primera línea, los cuatro cardenales orientales elegidos por Pablo VI: durante muchos siglos no los hubo en la Iglesia; ésta es hoy la máxima novedad



## CARDENALES PARA NUESTRO TIEMPO

Varios obispos orientales participarán también en el gobierno de la Iglesia. En la foto, uno de estos obispos con Pablo VI.

presado por completo»; cuánto menos ahora, en las sociedades que se llaman cristianas en el siglo XX, pueda tenerse esa pretensión.

Es así comprensible —según me parece a mí— que al sabio paleontólogo jesuita, padre Teilhard de Chardin, le echase en cara que en su grandiosa obra sobre la evolución presentaba una fórmula única de realización del cristianismo. Salvadas ciertamente por Journet la buena fe del investigador católico y ejemplar religioso, creía que era imprecisa teológicamente la fórmula final a la que llegaba Teilhard con su visión de la evolución del mundo. El nuevo cardenal no critica la evolución material del mundo, sino la tendencia del jesuita a una fórmula única de realización del cristianismo en la sociedad del futuro: en la cual no se distinguía suficientemente entre este mundo y el otro, siempre caben soluciones políticas, sociales y económica diversas, igualmente legítimas para la Iglesia porque no existe en este mundo una solución única y final, como la habrá en el otro. De ahí que exista una libertad de pensamiento en las cosas de este mundo, que la Iglesia defenderá siempre por encima de cualquier bella fórmula. Journet lo resume así: «La Iglesia no permitirá nunca que a la visión evolutiva se traspongan las verdades de una doctrina que no es de este mundo».

Una bella aplicación de su doctrina sobre la obediencia la realizó cuando se representó el drama de Hochwälder. Esta magnífica obra de teatro relata algo tendenciosamente el trágico final de las Reducciones de los indios en Paraguay, en el siglo XVII. Journet hizo un comentario, que a continuación resumo.

Todos saben que allí establecieron los jesuitas una organización colectiva de la propiedad, y un sentido pacifista de la vida. El resultado fue excelente: «La obra de los jesuitas con los indios guaraníes representó durante más de un siglo un triunfo de la Humanidad, en el plano cultural; y un soplo auténtico del Evangelio, en el plano espiritual».

Pero el 21 de julio de 1773 la obra de los jesuitas en el Paraguay terminó definitivamente: «Clemente XIV, cediendo a la presión creciente de los príncipes y de la política del absolutismo ilustrado, abolió la Compañía de Jesús».

Años antes habían sido ya conminados los jesuitas por su general a abandonar la obra emprendida de una nueva cristiandad. Los jesuitas, en virtud del voto de obediencia al Papa, acataron personalmente la orden; pero al mismo tiempo les enseñaron a los paraguayos a defender sus propios derechos: «Era inaceptable que los jesuitas colaborasen con el mal, y recomendasen la sumisión a los guaraníes». Lo que hicieron fue retirarse ellos —como religiosos— a otros menesteres espirituales; pero a los indios «les animaron a tomar ellos mismos la defensa de sus derechos». La razón la justifica con la doctrina de Santo Tomás, así: «La obediencia nunca debe ser ciega..., porque hay que saber al menos si el superior es legítimo, si tiene autoridad para ordenar lo que manda no saliéndose de su campo, y si en este caso concreto no hay interferencia de una orden superior». A un Papa, o a otra autoridad eclesiástica, le es imposible mandar en cuestiones que son puramente de esta tierra; un Papa no puede valerse de lo espiritual para dominar lo terreno; y un Papa no puede ir ni contra la conciencia, ni contra la ley natural, ni contra el Evangelio. Nosotros los católicos sabemos, sin embargo, que, al menos, en un caso no irá contra todo ello: cuando sea infalible. Porque nuestra propia conciencia de católicos es quien así nos lo dice.

**E**STA es la primera lección que se desprende de la elección del cardenal Journet. Continuaré, otro día, con la gran figura de Cardijn, el organizador del movimiento obrero católico de la J.O.C., tan criticado en Francia por el integrista; y a quien se debe, sin embargo, la gran renovación apostólica de nuestro siglo. La bestia y la sumisión aborregada terminaron en las filas obreras católicas con ese gran obrero y sacerdote. Como deberían terminar en todas las organizaciones de apostolado católico; y a ello deben impulsarnos esas dos figuras de intelectual y de obrero, que son Journet y Cardijn.

Journet y Cardijn, ayer simples curas; y hoy obispos y cardenales de la Iglesia.

E. M. M.

(Fotos DALMAS)